

Protagonista, piedra angular, inspiración literaria. El genio y la figura de su abuelo vasco dominan dos de las novelas de Isabel Allende. Severo y recto, Agustín Llona transitó por la vida entregando todo lo que aprendió a sus nietos. Les inculcó la disciplina, les fortaleció el carácter y quiso que conocieran las costumbres de su tierra. Con realismo mágico o no, leer a la escritora nacional es ver reflejado el legado de un hombre venido de Euskalerría.

ISABEL tenía tres años cuando parte de su familia retornó a Chile. Ella, sus hermanas y la madre, Panchita, iniciaron una nueva vida en casa del abuelo, Agustín Llona. Fue allí donde la talentosa escritora descubrió el sótano, lugar donde ocurría todo lo mágico. Desde la temprana infancia adquirió material suficiente para todos los libros en que ha desarrollado su talento y la han hecho famosa. La infancia de su abuelo vasco como "narrador retano, poseído de humor pífido y capaz de contar las historias más espeluznantes aterrorizadas", desarrolló aún más su imaginación.

La autora de cinco novelas —best sellers sin excepción— es considerada dentro del realismo mágico. Isabel Allende asegura haber tomado conciencia de su pasado y de la memoria de hechos vividos junto a los seres queridos y de su crucial aporte, sobre todo de su abuelo, para continuar encamando la existencia.

El tata Agustín, prototipo de la aristocracia castellano vasco-chilena, es el personaje de su infancia y casi el de su vida. Él le inculcó el sentido de la libertad por medio de una educación más que exigente.



Según le cuenta Isabel a su hija real y literaria, Paula, el abuelo fue un "hombre de facciones severas, pupila clara, lentos sus movimientos y boina negra. Su gesto silencioso, con la dignidad que asperguntaba de quien se ha formado solo y ha recorrido su camino directamente".

“Paula, Así Era el Tata”

Según le cuenta Isabel a su hija real y literaria Paula, el abuelo "trató con humor despreciado de inculcar a sus descendientes una filosofía estoica". La incomodidad le parecía sana, y más de una vez dijo que el rigor trae beneficios a la larga. Siempre exigió comida simple, consideró vulgar divertirse y habló en estrambóticos contoneantes. Ante cualquier interrogatorio contestaba con otras preguntas, retrocediendo a su interlocutor. En esto se aproximaba al temperamento gallego.

Boina Negra y Cortesía

"Hombre de facciones severas, pupila clara, lentos sus movimientos y boina negra. Su gesto altivo, con la dignidad sin asperguntado de quien se ha formado solo y ha recorrido su camino directamente". Aunque al final de sus años le costaba moverse, jamás perdió la cortesía, virtud más difícil de encontrar entre los hombres de hoy. Trabajosamente se ponía de pie para despedir a los huéspedes e ir a dejarlos hasta la puerta.

La teoría que define a la infancia como un período placido no existió jamás para el abuelo Agustín. Según él, la educación es una preparación para la vida dura. Los métodos didácticos se fundamentan en la resistencia, además de superar toda clase de juegos brus-

cos que fortalecen el carácter. Isabel admite que en ella dio buen resultado.

El tata lamentó que su nieto no fuera hombre, porque en ese caso le hubiera enseñado a jugar pelota vasca, usar sus herramientas y cazar. Probablemente cada año le habría invitado a la Patagonia para la espiga de ovejas. En aquellos fríos parajes, el abuelo dormía bajo las estrellas solo con su manta de casilla, se bañaba en ríos alimentados por la nieve derretida de las cumbres y comía garbanzos y sardina en lata. En compañía de los gauchos partía grandes trozos de carne y los desgranaba con la vista fija en las brasas, mientras escuchaba canciones de la pampa.

A pesar de ser rígido, de vez en cuando se le ablandaba el corazón. A su manera, por supuesto. Al aparecer una vez a las mil con una bandeja de pasteles —siempre molidos, uno para cada uno—, consentió en darle largas al sentimiento, y es que no podía disimular su amor a los nietos. Isabel, la copiosa, conoció más de cerca esos pequeños detalles de un hombre duro y severo, con destellos de ternura.

La presencia de Agustín Llona, vasco hasta el último suspiro —genio y figura hasta la sepultura—, ha quedado inmortalizada en las páginas de *La casa de los espíritus* y de *Paula*, gracias al recuerdo literario de Isabel, su nieto más rebelde.

El Mercurio 6.8.95 p.8 (Suplemento)

RCG 3783

"Paula, así era el Tata" [artículo].

Libros y documentos

FECHA DE PUBLICACIÓN

1995

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

"Paula, así era el Tata" [artículo]. il.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile